

Trilingüismo, please

LADISLAO DE ARRIBA



Noto que los políticos asturianos andan últimamente echando mano del bable como recurso populista, seguramente porque pocas cosas más tienen para ofrecer.

Siempre creí que era tema exclusivo (y recurrente) de Xuan Xosé, dadas las características del partido que lidera, pero observo que también los partidos de implantación nacional se han vuelto babilistas. El socialista Trevín recomendó el uso del bable al paisanaje ultramarino y el «popular» Rozada defendió el empleo de «esta lengua nues-

tra» en el guateque celebrado en La Gruta.

Uno, modestamente, opina que si los «americanos del pote» quieren defender esto, mejor lo han de hacer en lengua inglesa, que es la que emplean los «barandas» yanquis en cuya área viven nuestros paisanos. (Supongo que el presidente del Principado se habrá dado cuenta de ello en su último periplo trasatlántico).

Respecto al entendimiento con la Comunidad Europea, mejor se alcanzará, creo yo, empleando la lengua del Estado, incluso cualquiera de los idiomas oficiales de los países

comunitarios. La postura lingüística de Xuan Xosé tiene justificación, pero lo de «Antonín» y «Sidro» no sé a cuento de qué viene. Si no somos capaces de entendernos, ni de que nos entiendan en castellano, difícil se van a poner las cosas con los tres bables que creo existen.

¡No faltaba más que el ministro de Educación, por ser de Cudillero, abogase por el «pixuetu»!

Post scriptum. Me figuro a los cubanos hablar un «creole beibol» digno de Chiquito de la Calzada. ¿Se dan ustedes cuén? Zenquiu berimach.

Quesada



El clavo ardiendo

Inscripciones medievales

MANOLO AVELLO

La larga espera se ha visto compensada generosamente, porque el libro «Inscripciones Medievales de Asturias», de Francisco Diego Santos, editado por el Servicio de Publicaciones del Principado, promovido por la Consejería de Educación, Cultura, Deportes y Juventud, ha sido uno de los libros más apetecidos por especialistas y un público numeroso que deseaba ver reunidos materiales destinados a enriquecer el conocimiento de la historia de Asturias. Francisco Diego Santos, paciente, riguroso y atento, ha trabajado sin prisa, pero sin pausa, en favor de una causa y «vivienda arqueológica» que no es siempre arcana y poco menos que inalcanzable. Se lee en la breve nota prologal que la epigrafía latina medieval queda

cada día más alejada del nombre de hoy, el latín ya no es la lengua del intelectual y la escritura solicita un esfuerzo extraordinario para su lectura. La recopilación llevada a cabo en este libro —espléndidamente editado y profusamente ilustrado— supone un intento de ayuda para los que pasan con prisa ante la historia asturiana escrita a lo largo de ocho siglos.

Después del excepcional esfuerzo de Ciriaco Miguel Vigil, el maestro, con su obra «Asturias Monumental, Epigráfica y Diplomática» (1887), reimpresa en 1987, la llegada de este nuevo volumen nos trae la alegría epigráfica, arqueológica, histórica, de que si a comienzos de siglo se contabilizaban sesenta inscripciones medievales, en la actualidad contamos en Asturias

con más de trescientas. Bien merecen ser agrupadas en un volumen. Ya lo creo. Me imagino la satisfacción de aquellos que desde hace bastantes años esperaban la obra de Diego Santos.

Las inscripciones estudiadas son las consignadas en la Catedral de Oviedo, el casco de la ciudad y sus alrededores, los monasterios ovetenses y las anotadas en la provincia. Se estudian en un breve capítulo las campañas con inscripción, e incluyen una decisiva bibliografía, índices, gráficos y un mapa de Asturias con la relación de las localidades con inscripciones medievales.

No se olvida un aspecto fundamental: que esta clase de estudios están reservados lógicamente a expertos, pero se puntualiza que el propósito de los responsa-

bles del volumen ha sido el de ofrecer unos «textos epigráficos rigurosos científicamente» y asequibles a todo el mundo. Quizá a todo el mundo le suene a fantasía medieval. Sin embargo, lo cierto es que el Principado de Asturias quiere proteger, defender y preservar al Patrimonio regional para que algún día llegue a ser algo familiar en el conocimiento de la mayoría de los asturianos.

La estructura del volumen es sencilla en su organización, facilita al lector, al estudioso, el camino a seguir a lo largo de las casi trescientas páginas, los índices le ayudan a localizar lo que desea puntualizar, la ilustración correspondiente, el texto, su traducción, cronología. Es una hermosa lección para todos y una aportación importantísima para conocer un tiempo de la historia

y cultura de extraordinaria significación.

Iniciativas así, aunque la espera haya sido larga, estudios y ediciones como «Inscripciones Medievales de Asturias» merecen reconocimiento sincero.

El pasado día 16 declaraba Amelia Valcárcel a Mercedes Marqués, de este periódico, que ha iniciado las gestiones en Madrid para la firma de un convenio de vigencia indefinida para actuaciones en el patrimonio asturiano, condensadas en estos cinco puntos: Paleolítico, Prerrománico, Románico, edificios civiles de los siglos XVII y XVIII y Patrimonio etnográfico. Sería importantísimo que las gestiones acabaran felizmente. Como ha ocurrido con el esperado libro de Francisco Diego Santos.

Entre paréntesis

Manolo Azcárate

LUIS MEANA

Cuesta casi creer que un hombre tan fotofóbico y delicadamente tímido haya logrado pasar por acto tan banal y tan poco púdico como el de presentar un libro. Aunque sea «Derrotas y Esperanzas», libro de sus propias memorias, resumen de una vida que no ha sido, en absoluto, una vida cualquiera. Tiene Manolo Azcárate esa forma de hablar suave y retraída de todos los hombres que no quisieran, por nada de este mundo, meter ruido. Lo mismo que, según se dice, la naturaleza tiene «horror vacui», tiene este hombre, con tantos atributos y ninguna de sus vanidades, una especie de horror a que se le note demasiado. Manolo Azcárate parece llevar siempre puesto un traje de Superman que, en vez de proporcionarle superpotencia, parece proporcionarle una superinvisibilidad que le hace pasar desapercibido. Todo ese recato, de adolescente antigua, no sólo no se corresponde en absoluto, sino que incluso está en contradicción manifiesta con la importancia objetiva del personaje. En «Derrotas y esperanzas» están contadas las andanzas de un hombre que ha sido testigo directo —unas activo, otras pasivo— de mucha historia de España, de un hombre que ha sido un activista, en el sentido más noble del término, de las grandes utopías del siglo: del mejor republicanismo español, de la más generosa resistencia, del viejo sueño de un comunismo humano. Cuando todos esos vaporosos yuppies, que ahora quieren no sólo describirnos sino también descubrirnos el mundo, todavía no ensuciaban panales,

cuando todos esos chiquitos de la calzada del periodismo posmoderno llevaban puesto bozal y babero para que no se les escaparan las babas y ofensas a las que luego han dado rienda más o menos suelta amparándose en el despreciable título de jefe, este hombre, todo discreción y modestia, era ya una especie de silenciosa columna vertebral del editorialismo y de la información internacional del tan cacareado periódico de referencia, periódico que, si alguna vez ha sido una referencia, lo ha sido gracias a éste y otros hombres parecidos. Siendo el que más sabía de ciertos temas, ha sido siempre al que menos se le oía. Figura que tiene un nombre: elegancia. La elegancia natural de todos aquéllos que mamaron la República y pertenecen a aquella burguesía profesional y culta, y no a ésta, pelotari y pelotera. Entre tanto chisgarabís, entre tanto lobo no estepario, sino mequetrefe, entre tanto pope pedante, entre tanto escalador histórico, entre tanto columnismo acomodaticio, ha sido siempre un alivio, un consuelo y una honra compartir plato y opinión con este hombre tan dignamente modesto y discreto. Otro de tantos españoles que no nos merecemos. No deberían, por eso, haberle puesto a la narración autobiográfica de vida tan señalada un título tan insípido. Deberían haberla redondeado con aquel relámpago de precisión y gracia de Enzensberger: «Cristales rotos de España». Que eso es lo que nos cuentan las Memorias de Manolo Azcárate: los cristales rotos de España, más que los cristales rotos de la propia existencia.

